



Enrique Gómez Medina

al  
Otro Lado

Piedras Verdes III



# Los Cuatro Reinos



# Prólogo

Guillermo tanteó a ciegas el bulto que había sobre la cama y lo sacudió suavemente.

Nada.

Lo sacudió con más fuerza. El bulto saltó como un resorte, dándole un susto de muerte. Buscó su boca guiándose por el sonido de la respiración agitada y puso un dedo en sus labios. Entonces encendió la linterna bajo su jersey.

Vio el rostro despeinado de Gemma, que guiñaba los ojos molesta hasta que, de un manotazo, le hizo apagar la luz.

—Vístete —dijo Guillermo en un susurro.

—Déjame un poco más... —respondió una voz somnolienta, acompañada del rumor de las sábanas al volver a tumbarse.

—¡Ni hablar! Nos están esperando.

Volvió a sacudir a su hermana por los hombros. Por fin se enderezó.

—No se puede empezar una aventura a estas horas —protestó esta mientras intentaba acertar con el agujero del jersey por la cabeza.

—Si quieres esperamos hasta la hora de la siesta, dormilona.

—Eso. Buena idea.

Mientras terminaba de vestirse, Guillermo sacó las mochilas de debajo de la cama. Las habían revisado la

noche anterior, justo antes de acostarse, pero no pudo evitar la inquietud de haberse olvidado de algo. En los Cuatro Reinos no parecía que fuese a haber muchas tiendas.

Las mochilas abultaban mucho. No sabían si allí sería invierno o verano, así que habían tenido que echar ropa de todo tipo.

Abrieron la puerta despacio y salieron al pasillo. El silencio era tal que las ligeras pisadas de las suelas de goma se escuchaban a todo volumen. Dieron unos pasos a la escasa luz de la linterna tapada, abriendo los brazos para evitar el ruidoso roce de sus abrigos.

Guillermo llegó junto a la puerta de salida y empuñó el picaporte. Lo giró muy despacio, cerrando los ojos para concentrar toda la atención en su mano. Giró, giró, giró... ¡CLANC! El chasquido del metal al abrirse resonó en la casa como un martillazo.

Guillermo y Gemma esperaron, encogidos, a escuchar los pasos en pantuflas de su abuela. Encendería la luz y les pillaría allí, vestidos y con las mochilas a la espalda, con la puerta de la calle abierta y un cartel de “culpables” en el rostro. Se imaginaron su cara de extrañeza y su voz preguntándoles, pestañeando, qué narices hacían allí a aquellas horas.

Pero nada de eso ocurrió.

Tras unos segundos que parecieron horas, Gemma hizo un gesto hacia la puerta. Era su oportunidad.

Salieron y cerraron despacio. En los Cuatro Reinos el tiempo parecía detenerse, así que, con un poco de suerte, estarían de vuelta antes de que su abuela despertara.

Continuaron en silencio por las calles empedradas hasta que se encontraron más allá de las últimas casas del pueblo. Junto al camino del Saltogrís les esperaban dos sombras más. Eran Susana y Jorge. Un ligero choque de manos marcó el inicio de la aventura.

Pero esta vez el viaje les llevaría mucho más lejos.

# Capítulo 1

–Hemos de llegar a Gamelach antes que ellos –dijo Aëdras. No había fuego que iluminara su rostro, pero el tono grave de su voz dibujó su semblante como si fuera de día–. No tardarán en reagruparse y seguir el río.

–Los prisioneros que hayan tomado les guiarán.

–¡Ningún hombre de Liàm guiará a esas bestias hacia la morada de sus hijos! –repuso Aëdras con fiereza–. Antes bien, les retrasarán en lo que puedan. Esa es la única ventaja que tenemos.

–Esa, y el bosque –intervino Imring.

El atardecer de la batalla había transcurrido en un vagar entre los árboles, reuniendo a los hombres que quedaban en pequeños grupos. Al caer la noche, se habían congregado casi dos centenas de guerreros. La mayoría con heridas, algunas sin remedio. O-Mîn iba de uno a otro, tratándoles según su gravedad, y no cesó en toda la noche.

Todavía conservaban en sus retinas la última mirada al campo de batalla, donde miles de cadáveres se amontonaban entre una marea negra que los engullía y los despedazaba. Algunos, ya repuestos del miedo, lloraban la suerte de sus

amigos, hermanos o hijos, o imaginando lo que los mûrkaghs estarían haciendo con los pocos supervivientes. Tiäm recordó los rostros de los hombres que le habían seguido al campo de batalla. Muchos de ellos no habían vuelto. Tuvo que obligarse a pensar en que el resto de su compañía había corrido peor suerte, y que muchos de los hombres que permanecían vivos lo hacían gracias a él.

Pero la lucha aún no había terminado.

–Te seguimos –dijo Hêika, dirigiéndose a Aëdras–. Tú conoces estos bosques como nadie. Estás al mando.

–Con la primera luz buscaremos las marcas que señalan los caminos colgantes. Mientras tanto, no queda más remedio que aguardar. Aprovechemos estos pocos momentos de descanso.

Un búho ululó. Aëdras hizo un gesto y todos los hombres, en el más completo silencio, se apostaron tras los árboles con sus armas prestas.

Tiäm tomó una de sus hondas, la de más largo alcance, y cargó una piedra capaz de derribar a un *huro*. Solo le quedaba eso y la espada, había perdido sus jabalinas y su escudo durante la batalla. Preparó más piedras a sus pies, y sujetó la honda detrás de su espalda, a la manera montañesa. Sabía que los nür-hijks veían mejor que

él en la oscuridad, así que permaneció con los ojos muy abiertos, atento al más leve movimiento entre las sombras.

Pero fue su oído el que antes detectó una presencia. Eran voces. Voces humanas.

—... una lástima haber perdido el péndulo en la laguna. Ahora nos podría advertir de los peligros.

—Apóyate en mí, iremos más rápido. Aunque con ese ungüento apesta como un *heki*.

Tiäm vio un destello entre las hojas. ¿Qué hacían esos idiotas? Los mûrkaghs les encontrarían en un santiamén. Y a Tiäm y su grupo con ellos. Así que, en cuanto tuvo un blanco claro, arrojó la piedra con todas sus fuerzas.

—¡Ay! —sonó una voz, y la luz se apagó con un chasquido.

En un instante, los soldados de Aëdras les rodearon. ¡Cual no sería su sorpresa al distinguir a cuatro muchachos y dos hombres, ataviados de la forma más extraña y enarbolando sus armas! Dos de ellos parecían heridos.

—¿Quiénes sois? —pronunció en voz alta, sin soltar la flecha que sostenía en la cuerda de su arco.

—¿Y vosotros? —sonó malhumorada la voz de uno de los hombres, el más alto. A Aëdras le resultó familiar— Ya estoy harto del recibimiento que da la



gente de los bosques a los forasteros que se encuentran en su camino.

Entonces le reconoció.

–¿Abhad? ¿Eres tú?

–¡Aëdras! –respondieron al unísono Abhad y Sevso.

–¡Por Nialah! ¿Qué hacéis deambulando por aquí? Hemos estado a punto de mataros.

–¿Por qué estáis a oscuras y sentís tanta premura por disparar? ¿Qué ha sucedido? –preguntó Sevso, que enseguida detectó que algo marchaba mal.

–¡Ay! Se ha librado una gran batalla. Un ejército de mûrkaghs y nûr-hijks ha masacrado a miles de hombres de Liàm, y también de Ar-Zahala y Shamtei-Lo.

–¿Ninguno de Häile? –interrumpió Abhad, que ya empezaba a dar por buena la fama que la gente de su reino se había ganado.

–Ninguno. No acudieron al llamamiento de mi rey, que ha muerto en la lucha. Hemos perdido tantos hombres que difícilmente podremos defender Gamelach. Hacia allí nos dirigimos, para advertir a las mujeres y ancianos que quedaron en la ciudad de que huyan a la espesura del bosque. Los mûrkaghs no tardarán en llegar. El reino de Liàm está perdido.

De pronto se oyó una voz, fuera del círculo. Resonó alta y grave entre los árboles, y sería difícil no escuchar sus palabras.

—Decís bien, guerreros. Retrocedamos y reorganicémonos. Fue un error enfrentarse a ellos a campo abierto. Convirtamos este bosque en una trampa. Sin más botín a la vista que la muerte, no pasarán de Gamelach.

—¿Quién eres, forastero, que hablas con tanta autoridad de algo que no te concierne?

Los hombres abrieron el círculo para dar paso a un anciano que también vestía extraños ropajes. Tenía un porte tan decidido que nadie osó interponerse en su camino. Antes bien, se apartaban al distinguir una especie de fulgor que emanaba de su figura.

—Tengo muchos nombres —dijo—. Quizá me conozcáis por “ese viejo vagabundo que se mete en asuntos que no le conciernen”, quizá por Cyrya, el relámpago que se hunde en la tierra, o Valyon, el furioso, o Elbeïm... —las caras de los hombres se iban transformando del recelo al asombro— ¡Qué más da! Lo importante es que estamos aquí para ayudaros. Y que hemos traído con nosotros a una poderosa hechicera... y ¡a Brygger *el Joven*!

Un suave haz de luz se extendió como si fuera humo desde sus manos hasta la figura de dos de los muchachos, y les rodeó iluminándoles.

—¿C... cómo? —dijeron Guillermo y Susana a la vez.

**Fin del fragmento**

¿Te has quedado con ganas de más?

[relinks.me/1539319652](https://relinks.me/1539319652)

